

ESTUDIOS MICHOCANOS XI

J. Luis Seefoó Luján
Luis Ramírez Sevilla
Editores



El Colegio de Michoacán



ESTUDIOS MICHOACANOS XI

J. Luis Seefoó Luján
Luis Ramírez Sevilla
Editores



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
I. MUJERES Y NIÑOS EN LOS DIVERSOS MOLINOS DEL CAMBIO	25
Identidad étnica y de género. Entre la permanencia y el cambio <i>Yadira Cira Gómez</i>	27
Honor, moral y sexualidad en la cultura purhépecha: reglas y normas de comportamiento en las relaciones de pareja <i>Ana María Ramírez Herrera</i>	53
Aprendiendo a ser un “Santo de los Últimos Días”. Socialización adulta e infantil en la Iglesia mormona <i>Elizabeth Juárez Cerdi</i>	75
Sueños y expectativas de frontera: proceso de socialización de símbolos y significados con contenidos de la migración <i>Leticia Díaz Gómez</i>	105
II. RECONSTRUYENDO TRADICIONES Y CREENCIAS	123
¡Un coche, huache! Algunas intuiciones sobre la corporalidad en Huetamo <i>Jorge Amós Martínez Ayala</i>	125

Migración y devoción: el culto “al Jesús Nazareno” de Patamban, Michoacán <i>Patricia Moctezuma Yano y Juan Carlos Ruiz G.</i>	147
Adivinación purhépecha <i>Juan Gallardo Ruiz</i>	215
III. VIDA INTELECTUAL Y DESARROLLO ESCOLAR EN MORELIA Y EN LA PROVINCIA MICHOACANA	229
Alfabeto y costura en blanco: la educación de mujeres en Morelia durante el porfiriato <i>Oresta López</i>	231
José Torres Orozco: positivismo y filosofía biologicista <i>Ismael Ledesma Mateos</i>	271
La producción cultural en dos instituciones privadas de educación superior. Indicios de fronteras culturales en el espacio social <i>Luis Arturo Ávila Meléndez</i>	295
IV. PROCESOS POLÍTICOS	335
Legislación y comportamiento electoral en Michoacán, 1955-1995 <i>Eleazar Ramos Lara</i>	337
De la disputa por la presidencia municipal a la conformación de regiones autónomas pluriétnicas <i>Ma. del Carmen Ventura Patiño</i>	391
Los avatares de la alternancia política en la Tierra Caliente michoacana (1988-2001) <i>Salvador Maldonado Aranda</i>	419

Índice onomástico 453

Índice toponímico 461

LOS AVATARES DE LA ALTERNANCIA POLÍTICA EN LA TIERRA CALIENTE MICHOACANA (1988-2001)*

Salvador Maldonado Aranda¹
El Colegio de Michoacán

INTRODUCCIÓN

Identificada como una región de contrastes y conflictos, en cuyo derredor se visualizan procesos históricos de desarrollo agrícola, infraestructural u organizativos, y más recientemente de desarrollo desigual, de pobreza, narcotráfico y economía transnacional; la Tierra Caliente de Michoacán es más que un conjunto articulado de espacios superpuestos pues en ella se integra, conjuntando o escindiéndose, una cierta historia colectivamente memorizada de tradiciones políticas que le otorgan una cierta identidad y densidad histórica.² Pero estas tradiciones y culturas políticas –como el cardenismo, la izquierda partidaria o hasta cierto punto la cultura del estado y de la sociedad ranchera– no *actúan* como arquetipos de un determinado comportamiento estandarizado en las prácticas políticas terracalienteñas; antes bien, dan lugar a símbolos y formas de acción que contextualmente se intercambian, imbrican y metamorfosean para dar lugar a una serie de visiones selectivas de historia que, enfrentadas en el terreno de la lucha por su apropiación y/o abandono, imprimen a los procesos sociales y políticos una cualidad específica.

Deseo proponer, con todo el riesgo de una investigación preliminar, que la Tierra Caliente de Michoacán dio lugar, tras su desarrollo histórico-político, a una de las tradiciones más significativas en

*. Parte de esta investigación fue publicada en el libro *La Tierra Caliente de Michoacán*.

1. Centro de Estudios Antropológicos.

2. Sobre estos elementos Luz Nereida Pérez Prado aporta gran parte de información y análisis, véase “Gente, agua, cultivos y desarrollo desigual en el valle del Tepalcatepec: imágenes, recuerdos y la ‘memoria históricamente instruida’”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 87, vol. XXII, Zamora, El Colegio de Michoacán, verano, 2001.

cuanto a la relación del régimen priísta con el cardenismo. Es decir, expresa la conjugación de un proyecto popular priísta con la imagen del cardenismo en tanto una cultura de reciprocidad, entendida como formas de trato personal, lo que permite la construcción de un imaginario social adaptado a las creencias y prácticas políticas de la región. El papel de Lázaro Cárdenas del Río como vocal ejecutivo de la Comisión del Tepalcatepec y del Balsas, y su particular interés por involucrar a la región en la plataforma nacional de la modernización agropecuaria, infraestructural, etc., lo confirman hasta por lo menos 1970. Pero también, en este mismo trayecto histórico, el imaginario cardenista fue tejiendo determinadas tradiciones selectivas de historia, distintas y a veces encontradas con el proyecto de la comunidad revolucionaria institucional, con la izquierda partidista terracalenteña, con aquellas grupalidades reivindicadas como “cardenistas de hueso colorado”, o más recientemente con aquellos grupos neocardenistas que brotaron de las filas priístas: “somos cardenistas pero no perredistas”. Al final, con el nacimiento del Frente Democrático Nacional y la constitución del PRD bajo el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas, la interacción, conflicto y redefinición de estas tradiciones políticas produjeron significativos procesos sociales y políticos que en sus múltiples desenlaces, convierten a la región terracalenteña en uno de los espacios más ejemplares en el análisis cultural y político. No obstante, este trabajo no consiste en documentar la manera en que dichas tradiciones políticas se entretujan en la memoria colectiva de la región, sino tomarlas como punto de partida en la interpretación de las contrastantes y paradójicas realidades de la política terracalenteña.

El objetivo de este trabajo consiste en reconstruir, por medio de un análisis de la evolución de los comicios locales y federales entre 1988 y 2001, los distintos avatares que han caracterizado la alternancia política en regiones como la Tierra Caliente de Michoacán, como una forma de ilustrar la complejidad y multidimensionalidad de los procesos de lucha por la democracia mexicana, así como también los sentidos que están tomando nociones de democracia, igualdad o pluralismo político al interior de los partidos políticos u organizaciones sociales, como sus relaciones con la sociedad. Desde este punto de vista, intentaré cuestionar qué tanto el modelo de la transi-

ción mexicana, vía alternancia política, ha permitido generar nuevas y/o transformar viejas prácticas y culturas políticas locales, lo cual implica asumir una posición descentrada del debate político con el fin de entender la construcción de los procesos de democratización en contextos de polarización, exclusión social y economía ilegal, tal como se vive en Tierra Caliente. Mi percepción sobre las posibilidades de una democratización local real se sustenta en una interpretación crítica del modelo de transición, desde la cual es necesario criticar la visión centrista del cambio político “democrático”, a través de una mirada a los escenarios locales en que actores y grupos de poder resuelven sus diferencias políticas. Empezaré con algunas consideraciones sobre el ámbito de estudio en que se basa este artículo. Posteriormente reconstruiré los procesos de elección en la región de Tierra Caliente, particularmente en el municipio de Apatzingán, Michoacán, de donde extraeremos algunos ejemplos para relacionarlos con el problema del cambio político y la transformación de las culturas políticas locales.

REGIÓN Y POLÍTICA LOCAL

En búsqueda de nuevas interpretaciones sobre lo que caracteriza a la Tierra Caliente de Michoacán, Pérez Prado plantea, de forma contraria al discurso e imágenes instituidas por anteriores investigaciones, que:

La mayoría de las personas que han estado en el Valle del Tepalcatepec o han escuchado hablar de esta región michoacana piensan que se trata de un lugar distintivo y distante caracterizado por un intenso calor durante todo el año. También comparten la imagen de una región con una reputación de ingobernabilidad, la cual representa un riesgo para la seguridad personal y las inversiones [...] Sin embargo, la prosperidad relativa de la región no ha logrado cambiar la imagen del Valle del Tepalcatepec y de la más amplia región que le circunda (la Tierra Caliente) de una zona caracterizada por la violencia y la inseguridad, características cuyos orígenes parecen residir en condiciones internas.³

3. *Ibid.*, pp. 112-113.

Como más adelante anota, este tipo de características asignadas a los pobladores “[...] no son resultado del aislamiento, sino de los vínculos que la región estableció con otras en el estado de Michoacán y el exterior mediante los intercambios migratorios y comerciales”.⁴

En efecto, la ventaja de ver a la región mediante un enfoque de desarrollo desigual es que hace explícitas las dimensiones contrastantes entre, por ejemplo, un municipio y otro; entre una zona de cultivo con riego y otra sin más recursos que la tierra de temporal; la estratificación social, pero también la formación de ideologías e identidades de clase asociadas a ella, y, lo más importante para este artículo, las formas de lucha que surgen en el proceso de construcción del poder local y regional. Hemos seleccionado al municipio y distrito electoral local de Apatzingán como un ejemplo ilustrativo de lo que han sido estas dimensiones contrastantes, al analizar el proceso de alternancia política que se vivió desde 1988 hasta 2001, como una forma de exhibir el intrincado proceso de liberalización política, en las condiciones en que los actores lo apropian, reformulan y lo viven en jornadas electorales. Para quienes reconocen la región terracalienteña, está por demás señalar que ésta fue en el año 1988 uno de los espacios más competidos electoralmente, a tal grado que fue escenario de uno de los movimientos sociales más espectaculares en el ámbito nacional: el neocardenismo, por el que muchos sectores rurales y urbanos vieron en la toma del ayuntamiento el mejor medio para impugnar el triunfo salinista. No obstante, la dinámica de la alternancia política fue prácticamente inexistente en dicho territorio, salvo en la diputación federal⁵ donde el PRD obtuvo todas las denominaciones, excepto la de 1991 y ahora en las locales (2001). Esta situación contrasta con los municipios que lo rodean (Tepalcatepec, Buenavista, Parácuaro, Francisco Múgica y Aguililla),⁶ y tiene sus orígenes, en parte, en la emergencia y repunte de diversos grupos de poder local y regional, los cuales encontraron en las opciones partidistas del PRD o PRI el

4. *Ibid.*, p. 115.

5. Cabe aclarar que el distrito electoral federal no tiene a Apatzingán como sede, lo que lo hace distinto del local pues pertenece al distrito XII con sede en Uruapan, donde por varios años lo controla el PRI o el PAN.

6. En municipios como Buenavista, Tepalcatepec y Múgica se han dado procesos de alternancia entre el PRI y el PRD, mientras que en Aguililla y Parácuaro el PRD no ha perdido ninguna elección local.

medio más importante para mantener e impulsar sus intereses políticos o económicos que, al final, se reflejaron en la prolongación de la hegemonía priísta en el ámbito municipal y distrital local.

En efecto, al ser uno de los municipios mejor ubicados en cuanto a redes de comunicación, varios empresarios agrícolas, acaparadores o *brokers*, comerciantes, rancheros prósperos, “mariguañeros”, líderes políticos o maestros rurales, convirtieron a la cabecera municipal apatzinguense en uno de los centros de operación de sus actividades (seguida por Uruapan), cuyos negocios e infraestructura marcaron un estilo peculiar en el diseño arquitectónico de la ciudad, como el comercio, casas habitación y trazo urbano. Con el transcurso de los años, y después del *boom* agrícola de los setenta y ochenta, estas identidades de clase fueron tomando parte activa en los procesos políticos de la región. Algunas de ellas encontraron en la formación de uniones agrícolas regionales o locales un espacio para la conservación de sus intereses, mientras otras establecían estrategias con agentes transnacionales o nacionales con el fin de beneficiarse de la comercialización agrícola, cuando las capas más depauperadas del campesinado terracalenteño se debatían entre la migración, el arrendamiento de sus tierras o su financiamiento con ingresos de la economía ilegal o de las remesas de migrantes.

Es posible que a lo largo de la década de los ochenta dichas fracciones de clase experimentaran uno de los cambios más drásticos y significativos en cuanto a sus relaciones económicas y políticas, pues por un lado coincide con el periodo de ajustes y reestructuración económicas provocadas por la introducción de políticas neoliberales y, por otro lado, con la administración gubernamental de Cuauhtémoc Cárdenas, con la cual varios sectores de la población coincidieron, sobre todo en cuanto a las políticas de subsistencia y compensación económica (*i. e.*, renta, transporte, impuestos). Al final, con el surgimiento de la Corriente Democrática, la conjugación de estos factores dio lugar a uno de los movimientos sociales más espectaculares de la región y la entidad, en los que varios actores políticos lucharon por conservar o transformar sus relaciones económicas o políticas.

Así, los acontecimientos políticos que se generaron en el marco de las elecciones federales de 1988 provocaron respuestas diferenciales: para la mayoría del campesinado la creación de la Corriente

Democrática constituyó una estrategia local de lucha por romper formas de control caciquil, reivindicando formas de identidad cultural a través del proyecto popular neocardenista; mientras que para los pequeños y medianos productores (incluidos intermediarios) o el sector empresarial agrícola dicho movimiento generó nuevas oportunidades políticas dentro de la geografía del poder regional o transformó sus anteriores relaciones de poder en formas de reivindicación política con amplia flexibilidad ideológica. En este abanico de estrategias e identidades, las oportunidades políticas para instaurar un equilibrio democrático en los puestos de elección popular se sujetaron a los vaivenes de los partidos, de los que el movimiento social pronto sería presa en cuanto a limitaciones, resistencias o arreglos cupulares, particularmente de sus liderazgos, adscritos a los partidos. De 1989 en adelante es claro que la inicial contradicción entre PRD-movimiento social llega a consumarse con los intentos de institucionalización del partido vía coaliciones dominantes, lo cual significó que gran parte de su vida interna dependió de elecciones estratégicas sobre su entorno, haciendo de él un partido diferenciado y sujeto a equilibrios temporales.⁷ El resultado fue un largo, conflictivo e inestable proceso de organización que por lo menos hasta las elecciones de 2000 siguió debatiéndose entre la aplicación de normas y reglas, cuyos costos sociales fueron la deserción y la flexibilidad de candidaturas al punto de hacer depender al partido de coaliciones temporales con riesgos en la institucionalización y profesionalización de sus cuadros directivos, regionales. La primera prueba que salta a la vista fue la elección como diputado federal de un profesionista, empresario y ex presidente municipal de Apatzingán del distrito electoral con sede en Uruapan, en 1988, quien encabezó la corriente crítica del PRI en la región, y más tarde integró un grupo al interior del PRD.⁸ Por su parte, si bien el PRI sufrió una de las deserciones más grandes de su historia, para las elecciones locales de 1989 logró rearticular varias organizaciones sociales en torno de un nuevo grupo de poder, el cual aprovechó algunas oportunidades políticas de la apertura democrá-

7. Para un análisis del PRD desde un punto de vista institucional, véase Jean François Prud'homme, "El PRD: su vida interna y sus elecciones estratégicas", *Documento de Trabajo*, núm. 39, CIDE, 1996.

8. *Semanario Guía*, 23 de agosto de 1992.

tica para renovar los cuadros priístas que antaño controlaban las designaciones oficiales, así como rodear sus ofertas partidistas con un nuevo discurso, al que muchos identificaron como “somos cardenistas pero no perredistas”.

De cualquier manera, durante las elecciones locales de 1989 las principales fuerzas políticas (priístas y perredistas) generaron un ambiente polarizado y a menudo violento ya que, por un lado, al sufrir el PRI una de las escisiones más fuertes con la creación de la corriente crítica, cuya dirección fue encabezada por algunos de los priístas que previamente habían mantenido contacto con Cuauhtémoc Cárdenas, siendo gobernador y posteriormente candidato en las elecciones presidenciales de 1988, el PRI se hallaba en una grave crisis ante la falta de cuadros políticos y militancia, la cual se expresó en la selección de un candidato que a primera vista no había militado en el PRI pero que mantenía contactos con el gobernador Martínez Villicaña, y con grupos de poder económico que lo promovieron de manera decidida; mientras tanto, aunque el PRD se constituyó en una opción política ampliamente aceptada por diversos sectores sociales, las diferencias comenzaron a exhibirse a partir de la selección como candidato a presidente municipal de don Nicho, que sin haber militado en ningún partido era un hombre de origen campesino, proveniente del ejido Holanda, gozaba de un amplio arraigo local y mantenía una posición de “respeto” en el valle agrícola.

En este ambiente de fracturas y conflictos, que incluso se reflejaron en amplias discordias familiares entre políticos locales, las campañas proselitistas se caracterizaron por grandes concentraciones y mítines que exaltaban, para bien o para mal, la figura de los Cárdenas (padre e hijo). No era para menos, pues tanto priístas como perredistas abrevaron del imaginario cardenista para justificar sus ofertas partidistas,⁹ por lo que cualidades y defectos fueron expuestos ante una población que resultaba así presa de conflictos por el poder local de los grupos más activamente involucrados en las disputas. Al final, la votación para cada partido fue evidentemente muy cerrada, a tal grado que la diferencia de votos (sólo 83) dio paso a uno de

9. A partir de 1989 la tradición oficial de celebrar el aniversario luctuoso del general Cárdenas ha sido reapropiada por los perredistas al considerar que los priístas están cometiendo un “acto de traición”.

los conflictos poselectorales más enconados, ya que en ningún otro municipio de la región el PRD perdió las elecciones, aunque para los perredistas apatzinguenses fue producto de un fraude al anularse una casilla electoral. A partir de aquí, las pugnas entre priístas y perredistas normaron el ambiente de efervescencia política, a tal grado que se substituyó en cuatro ocasiones al Comité Municipal Electoral antes del fallo oficial, mientras que los perredistas instauraron gobiernos provisionales paralelos entre el lapso del dictamen oficial, la toma de protesta y la entrada del ejército para “recuperar” el ayuntamiento. Muchas acciones emprendidas para justificar el triunfo por parte de los partidos ocurrieron en el lapso de tres meses, en los cuales se realizaron plantones, asesinatos, amenazas y la toma del palacio municipal. Ante el fallo oficial contra el PRD, este declaró un gobierno paralelo y un plantón permanente, e incluso el cobro de impuestos y la realización de obras públicas. El PRI hizo lo mismo, al tomar posesión su candidato en las oficinas del CERESO municipal.

Este tipo de acciones generaron nuevas movilizaciones hasta la entrada del ejército, que pudo finalmente contenerlas con el fin de “recuperar” el ayuntamiento, y cuyos efectos se reflejaron en el atentado que sufrieron el candidato perredista y, en otras circunstancias, el priísta. A partir de este hecho, varios líderes perredistas e incluso el propio candidato fueron orillados a salir de la región, generándose una nueva ola de amenazas, asesinatos y represión; a pesar de las negociaciones y acuerdos que el senador Cristóbal Arias impulsaba con diversas autoridades gubernamentales. Es posible afirmar que una vez emitido el fallo oficial, los intereses políticos por el control del ayuntamiento se manifestaron con mayor crudeza y seguramente provenían de la insatisfacción o decepción de varios grupos de poder y líderes políticos que participaban en uno u otro partido. Para varios miembros del PRD, por ejemplo, la elección se desarrolló en un contexto de amplias disputas entre las corrientes políticas que lo constituyeron, sobre todo entre la corriente crítica del PRI y los cuadros militantes de la izquierda, que mantenían puntos de diferencia respecto a las formas de organización de las precampañas y selección de candidatos. No era para menos, pues las diferencias políticas reflejaban un cierto contenido clasista en términos de las diferencias entre el ex candidato a diputado federal (ex presidente municipal y de los más “fuertes”

acaparadores de fruta de la región) y los aspirantes perredistas a la diputación local y presidencia municipal,¹⁰ este último –como ya se dijo– de origen campesino.

De esta manera, se atribuye a los miembros de lo que fue la corriente crítica del PRI el haber “negociado” el triunfo perredista con sus antiguos correligionarios ya que varios de ellos consideraban que el candidato perredista no podría acceder a la presidencia municipal en virtud de la nula formación académica que lo caracteriza. Asimismo, por su parte, aquellos militantes de izquierda y líderes de organizaciones políticas (profesionistas) mostraron compartir la imagen estigmatizada de los campesinos del valle, por lo que también consideraban “una falta” el no tener formación académica apropiada para gobernar el municipio, lo cual –según una versión extrema–, implicaba que sería manipulado por sus allegados; mismos que no compartían amistad con ellos.¹¹ Por otro lado, como ya señalamos, la selección de los candidatos priístas a primera vista alejados de la política partidista, pero relacionados con agentes de poder económico e intermediarios políticos, significó el nacimiento de un reducido grupo cuyas figuras más representativas, aparte de un líder sindical, se distinguen por ser, uno, un transportista propietario de 150 trailers y principal surtidor de abarrotos en el estado, además de productor de aguacate y tilapia;¹² y otro, uno de los más prósperos meloneros de la región, cuya trayectoria política se remonta a la dirigencia de la CNC regional y la diputación federal suplente.¹³

De cualquier forma, resulta llamativo que detrás de los agudos conflictos poselectorales de 1988 y 1989 sobresalga la existencia de una red de poder local y regional ampliamente fraccionada en los partidos, además de una serie de enredos en que posiblemente los negocios legales e ilegales cruzan las enconadas diferencias políticas. Así, lo que podemos obtener de estas experiencias electorales es que la alternancia política que se inicia con el nacimiento del FDN pudo reactivar, reconstituir y generar nuevos liderazgos locales y regionales los cuales no siempre se hallaban en directa correspondencia con

10. *La Voz de Michoacán*, 6 de enero de 1989.

11. Para una crónica de dichos sucesos, véase el reportaje de Sergio Mastreta, “Tierra Caliente: la cuenca cardenista”, *Nexos*, núm. 154, octubre de 1990.

12. *Ibid.*, p. 61.

13. *La Voz de Michoacán*, 26 de abril de 1989, p. 5-E.

los postulados de los partidos en contienda, sino que pudieron aprovechar condiciones políticas favorables en que sus intereses normaron gran parte de los desarrollos políticos futuros, tal como veremos más adelante. Sin embargo, esto no significa que no haya diferencias en la política ni que tampoco los partidos políticos se distingan entre sí. Debe reconocerse que el neocardenismo, desde abajo, provocó la constitución de un movimiento que pugna por la democratización de la política terracalienteña y de aquellas relaciones caciquiles, clientelistas o patrimoniales que, ancladas a relaciones de clase y género, se instituyeron con el auge y crisis del desarrollo agrícola de la región de los años setenta y ochenta; como también que el PRI, directa o indirectamente, reformuló sus procesos de selección interna en función de sus contrincantes internos y externos, e imprimió en su actuar nuevas reglas y normas de elección.

DE LA TRANSICIÓN ESPERADA A LA ALTERNANCIA INCIERTA

Después de las elecciones de 1989, el panorama político local y regional presentó un cambio significativo en relación con las principales fuerzas políticas. Los conflictos poselectorales habían menguado a tal grado que gobiernos paralelos o tomas permanentes de alcaldías desaparecieron con la entrada del ejército, o el reconocimiento de gobiernos perredistas, tal como sucedió en Tepalcatepec y Buena Vista, que habían sido tomadas, la primera desde 1988 y la segunda hasta que Genovevo Figueroa renunciara al cargo de gobernador.¹⁴ No obstante, los procesos de fractura del perredismo empezaron a mostrarse como una política anacrónica, en parte producto de las diferencias entre las corrientes políticas que lo constituyeron, pero también como consecuencia del aumento de recursos públicos para la promoción de obras públicas, créditos y fomento de organizaciones agrícolas por parte de agencias de gobierno. Este tipo de situaciones dieron lugar a un reacomodo de las fuerzas partidistas, redundando en el triunfo del partido oficial y en la exhibición de los costos que implicaba la democratización local por parte del perredismo.

14. *La Voz de Michoacán*, 8 de diciembre de 1989.

Aunque hay varios factores que se pueden enunciar sobre las posibilidades y límites de las fuerzas políticas y movimientos sociales rurales en Michoacán en el impulso del cambio político, uno de los que ha generado cierta incertidumbre es la falta de institucionalidad del perredismo estatal, ante las pugnas entre las corrientes cristobalista y garniquista antes y después de la competencia por la gubernatura del estado, diputaciones locales y presidencias municipales en 1992. En la Tierra Caliente, el conflicto entre quienes se identificaban con cada una de estas corrientes políticas se suscitó tras la toma del palacio municipal por parte del PRD, una vez declarado oficialmente el triunfo priísta, pues por un lado, los garniquistas mantuvieron la posición de que fuera desalojada la presidencia municipal luego del fallo oficial a favor del PRI, argumentando que había líderes espurios que sólo manipulaban a la gente, escudados bajo la línea de la directiva perredista nacional, mientras que, por otro lado, los cristobalistas argumentaban a favor de que se respetara el triunfo de don Nicho, manteniendo la toma de la alcaldía, aún con las armas. Los resultados de dichos enfrentamientos naturalmente que se reflejaron al interior de la dirigencia municipal, desconociendo al Comité Directivo Municipal (CDM). Entre los principales representantes del bloque a favor del desalojo de la alcaldía figuraban los diputados local y federal del PRD, y entre los que estaban en contra fueron dos ex presidentes del CDM perredista aún cuando mantuvieron diferencias sobre la designación del candidato a presidente municipal en 1989.¹⁵ En el fondo, la participación activa de Cristóbal Arias y Robles Garnica para destrabar el conflicto poselectoral marcó el distanciamiento de las dos corrientes al interior del PRD apatzinguense y terracalenteño en general, evidenciándose con mayor claridad en las elecciones de 1992.

En síntesis, para algunos militantes del PRD, provenientes de la corriente de izquierda, “el PRD nació muerto”, al considerar que uno de los errores estratégicos de dicho instituto político fue dar cabida a la corriente crítica del PRI ya que desde un inicio ésta se “adueñó” del partido, imponiendo a la mayoría de los candidatos a presidente municipal y diputados locales y federales. Es una lucha que se libra entre distintas corrientes ideológicas detrás de las cuales subsisten

15. *La Voz de Michoacán*, 10 y 22 de febrero de 1990.

intereses políticos anclados a diversas organizaciones agrícolas, ganaderas y profesionistas que incluso rebasan al propio partido. Las continuas escisiones que emergen en cada periodo electoral o realización de asambleas municipales o distritales encuentran recepción en el partido opositor, considerando, por ejemplo, que muchos de los de la corriente crítica sólo están en el partido para fraccionarlo o desprestigiarlo ante la población. Una de las causas más frecuentes que señalan los entrevistados es la falta de institucionalidad en el partido, según la cual, al no respetarse las reglas (o dada la ausencia de ellas) varios líderes políticos pretenden imponer sus intereses, revistiéndolos con discursos sobre la “democracia por consenso”. Al no haber reglas claras, algunos consideran, “todos quieren llegar al mismo tiempo, rompiéndole la madre al partido” o “estableciendo alianzas hasta con el diablo” con tal de llegar a ocupar algún cargo público.

En segundo lugar, otro elemento que ha contribuido a cambiar la dinámica política regional se liga a las imágenes que el neocardenismo replanteó sobre la escena electoral. Es decir, las pugnas faccionales no han sido del todo negativas para el partido y la sociedad en su conjunto, en el sentido de que no han conllevado a un descrédito total de las ofertas políticas que reivindica. Una parte significativa de las enconadas luchas partidistas ha influido de manera sorprendente al interior del priísmo local, creando imágenes o expectativas de cambio que, a pesar de todos los vicios y de la existencia de una elite local que controla su destino, (por momentos) logran reivindicarse en periodos de selección política de candidatos. En otro sentido ha generado discursos nuevos sobre la democracia, derechos, igualdad y pluralidad, los cuales si bien tienen referencias contextuales específicas, permiten generar un ambiente de controversias cuyo lenguaje contradice o alterna discursos de jerarquía.

Por supuesto que la politización del escenario electoral ha permitido generar nuevas prácticas sociales ligadas a la democratización, aunque en la percepción popular de los terracalenteños lo que para algunos significa un proceso democrático parece reducirse al reconocimiento de una diversidad de intereses que, en muchos casos, están anclados a redes clientelares de grupos o facciones. Puede ser cierto que en determinado momento la selección de algún candidato amerite alguna evaluación moral y política del desempeño y calidad

frente a las demandas de la población, aunque difícilmente puede ser entendido como un juicio de democracia social. Las redes de poder que entrecruzan la política local no sólo se reactivan por la inercia de intereses creados con el tiempo, sino que tratan de adaptarse a las circunstancias locales más allá de los discursos de alternancia o democracia. En cierto sentido, parece que buena parte de la política local priísta ha adoptado “modelos” o imágenes de democracia en un sentido corporativo, lo cual significa que las posibilidades de cambio no pueden estar ancladas a la capacidad “voluntarista” de los actores para tolerar alguna alternancia por mínima que sea, y ello por varias razones.

Varios grupos se disputan el control de las carteras del PRI y por consiguiente los cargos de elección popular. El primero y más importante es el que dirige un líder sindical, quien mantiene una presencia desde 1970, momento desde el cual ha sido síndico, regidor y diputado local y federal suplente en varias ocasiones.¹⁶ Con el auge de las empacadoras de productos agrícolas, mantiene un control político de los contratos de trabajo, disputándose la titularidad con los sindicatos de la CROC. El número de sindicatos que ha llegado a “administrar” asciende a por lo menos 80 contratos, y a últimas fechas 40, dada la crisis agrícola que vive la región. Considerado por sus oponentes un personaje “duro”, mantiene un liderazgo importante entre los líderes priístas de mayor trayectoria política y sus contactos alcanzan esferas como el PRI estatal y ex gobernadores (p. ej., Genovevo Figueroa). Otro grupo político con una presencia amplia lo constituyen burócratas de las dependencias gubernamentales que bajo el control de recursos negocian nominaciones en directa alianza con secretarios de dependencias gubernamentales en el ámbito estatal o regional; es un grupo heterogéneo, que tiende a reconstituirse en función de coyunturas electorales y relaciones con empresarios agrícolas de la región. Otros grupos políticos (considerados facciones) se derivan o emergen coyunturalmente de la articulación entre empresarios agrí-

16. Originario de la localidad Emiliano Zapata, municipio de Villamar, Michoacán, ocupó el cargo de secretario general de la CTM estatal por varios años hasta que se vio involucrado en un asesinato producto de la disputa por la titularidad de sindicatos de Apatzingán. Luego de varios años de ausencia fue designado como síndico en el trienio 1989-1992 y posteriormente diputado local vía plurinominal en la elección de 1995.

colas y dirigencia del PRI, aunque hay casos interesantes que surgen del contacto con intereses basados en la economía legal o ilegal.

La articulación de dichas redes de poder en torno de algunas figuras centrales ha repercutido en una redefinición de las alianzas, a partir de las que otros grupos u organizaciones políticas compiten en el mismo terreno corporativo del PRI, reproduciendo prácticas clientelares con el fin de adquirir alguna presencia. Por ejemplo, previo a las elecciones locales de 1992 se generó un conflicto faccional, al interior del PRI, de gran envergadura en el que en la elección interna para denominar candidato a presidente municipal se enfrentaron por lo menos dos grupos político-económicos representados, por un lado, por el ex presidente municipal de 1989 y actual diputado federal quien, se dice, “manipuló el Consejo Político para lograr la imposición de un incondicional”;¹⁷ mientras que, por otro lado, el ex candidato a diputado local de 1989, quien en alianza con dirigentes de la CCI, CNC y UNE, rechazaron la postulación del candidato electo posesionándose de las oficinas del PRI municipal y designaron por su cuenta a otro candidato.

Las consecuencias más inmediatas fueron la creación de organizaciones políticas nuevas como el Frente Amplio Campesino Popular (FACP),¹⁸ a principios de 1997, la cual se separó de la UGOCM al considerar que el dirigente nacional “era muy *gandaya* con nosotros ya que todos los trámites que hacíamos con el gobierno del estado se los acaparaba y él negociaba”. Más adelante comenzó a gestionar trámites legales, apoyos al campo, hacia las colonias populares a través de créditos a la vivienda, etc., lo que significó una fuerte disputa con la CNC y el sector popular priísta debido a las clientelas que habían creado en el municipio y la región. Tanto en este caso como en otros (como el Frente de Jóvenes Priístas o Antorcha Campesina), la competencia política adquiere un sesgo profundamente clientelar cuando no corporativo, y la política partidista suele entenderse como un intercambio o equilibrio de intereses en un contexto donde el PRI sigue siendo un partido dominante.

17. Semanario *Guía*, 18 de octubre de 1992.

18. Cabe señalar que el actual dirigente tuvo una larga trayectoria en la izquierda, al participar en el Movimiento de Liberación Nacional y el Partido Comunista hasta la creación del PRD.

Por supuesto que este tipo de prácticas y formas de control electoral no pueden reducirse a un contexto eminentemente local. La violencia política hacia el PRD se disfrazó con la inversión de recursos públicos que dieron paso a uno de los actos más terribles del régimen político. Como sabemos, después de las elecciones de 1988 Salinas de Gortari impulsó varios programas, entre los cuales, PRONASOL se convierte en pieza clave para fracturar el voto cardenista mediante el otorgamiento de créditos y diferentes programas destinados a la economía familiar, de forma que los resultados obtenidos de la “capitalización” al campo pudieron haber influido en la recuperación del PRI en 1991 al obtener el triunfo en la diputación federal del distrito de Apatzingán el ex presidente municipal del trienio 1989-1992 y, en el periodo electoral local de 1992, seguir controlando la presidencia municipal y la diputación local con una diferencia, en la primera, de 9 403 votos para el PRI, contra 7 921 votos del PRD, y en la segunda, de 16 136 votos priístas contra 13 425 votos perredistas.¹⁹

Cabe señalar que el proceso electoral de 1992 para renovar ayuntamientos y diputaciones locales se distinguió por tomas de comités municipales electorales (Nueva Italia y Apatzingán) y manifestaciones por parte del perredismo como respuesta de las supuestas irregularidades cometidas durante la elección. Al final, los ayuntamientos de Nueva Italia, Apatzingán, Tepalcatepec y La Huacana quedaron en manos del PRI, mientras que Tancítaro, Aguililla, Parácuaro y Buenavista fueron adjudicados al PRD, con un margen de diferencia en votos muy reducido en los tres últimos municipios. De cualquier forma, ante una elite política local dispuesta a establecer todo tipo de arreglos y prebendas para mantenerse en el poder, la coordinación de redes de apoyo entre las instituciones de gobierno municipal, estatal y federal y el priísmo, y la escalada de asesinatos y amenazas, los resultados electorales en los siguientes periodos de renovación de poderes locales no mostraron el mismo perfil en comparación con las elecciones locales de 1989 y 1992. Para empezar, por el lado del PRD, la rivalidad entre Cristóbal Arias y Roberto Robles Garnica por la “preeminencia del perredismo” significó un

19. Incluso en la elección para gobernador el distrito fue favorable para el PRI con una votación muy similar a la de diputado local: 16 387 del PRI contra 13 651 del PRD. Fuente: datos proporcionados por el Centro de Estadística y Documentación Electoral (CEDE) con base en cifras del IFE.

constante estira y afloja, que a lo largo de varios periodos electorales no dejaron de provocar numerosos conflictos y escisiones. Quizá la parte más relevante de dichas disputas fue que a partir del predominio de la corriente de Arias en la selección de diputados locales y presidentes municipales en 1989, 1991 y 1992, comenzaron a evidenciarse las diferencias entre las corrientes; los seguidores de Arias, quienes propusieron como candidatos a líderes que provenían de fuera del círculo de los ex priístas; y los seguidores de Garnica, quienes trataban de controlar la elección interna promoviendo a miembros de su grupo, principalmente militantes de origen priísta y sobre todo aquellos líderes cuya trayectoria había sido probada en periodos electorales anteriores. El resultado, como ya sabemos, fue que a partir de la designación de Arias como candidato a gobernador en 1992 reafirmó su hegemonía, sobre todo hasta antes de la renuncia de Octaviano Alanís al frente del PRD estatal (quien lanzó su candidatura para gobernador en 1992 por parte del PFCRN), y posteriormente con Antonio Soto, considerado un “hijo político” de Arias, que tomó posesión el 18 de abril de 1995. Sin embargo, los rejugos de poder entre las corrientes en Tierra Caliente fueron manifestándose con mayor crudeza, acusándose mutuamente de ser garniquistas o cristobalistas, en un tono despectivo y descalificador. Dos años más tarde, en plena elección para la renovación de poderes federales, el cristobalismo comenzó a mostrar sus primeros signos de crisis.

Previo a la elección federal de 1994 se conformó el Frente Democrático del Suroeste de Michoacán con el fin de manifestarse en contra de las “imposiciones” de Cristóbal Arias. El dirigente del movimiento, y uno de los más activos miembros del perredismo de Apatzingán, aduce que se violaron los estatutos del partido al designar en forma prepotente a su sobrino como candidato a diputado federal por el noveno distrito electoral, sentenciando que se abstendrían de apoyar las fórmulas de senadores y diputados.²⁰ De forma similar, el

20. *La Voz de Michoacán*, 25 de julio de 1994. La revista *Porqué de Michoacán* también registra el hecho de que el CEE del PRD se negó a registrar a Eleazar Magaña (proveniente de Parácuaro) como candidato a diputado local de mayoría relativa a pesar de que en la elección donde resultó electo fue reconocida por el Comité Nacional de Garantías y Vigilancia, y en su lugar se registró al cristobalista Manuel Mendoza, así como Benjamín Buenrostro para la presidencia municipal de Apatzingán, también identificado con el cristobalismo (núm. 57, 1 de noviembre de 1995).

sector “profesionista” también criticó el procedimiento de selección interna al considerar que representan lo que el PRD no ha tomado en cuenta: gente profesionista.²¹ Al final, el PRD logró conquistar sólo dos diputaciones federales de trece en el ámbito estatal, entre las que se encuentra el IX distrito electoral con sede en Apatzingán (el otro fue el distrito de Lázaro Cárdenas), con un margen de votación de 32 692 contra 29 507 del PRI.²²

Para la elección local de 1995, el candidato municipal de tendencia cristobalista logró triunfar en la selección interna cuando los seguidores del garniquismo, se aduce, hicieron contracampaña para que no ganara la elección interna ni la municipal. Lo mismo sucedió en la candidatura a la diputación local donde, según declaraciones de un precandidato (oriundo de Parácuaro y simpatizante de la corriente garniquista), en por lo menos 30% de la votación hubo irregularidades en el plebiscito interno, además de presión para votar por el candidato cristobalista, Casillas Zapato y otras donde votaron más electores que sufragantes en comicios constitucionales.²³ El resultado de dichos conflictos se reflejó en la elección donde el PRD volvió a perder la presidencia municipal de Apatzingán y la diputación local, con un margen de diferencia en votos de 11 115 para el PRI frente 8 233 del PRD, y de 17 917 frente a 15 046 para el PRD respectivamente.²⁴ Fue una elección en la que, a diferencia de las anteriores, el perredismo vio caer el número de curules en la Cámara local (de nueve a siete en relación con la anterior elección estatal), no así en los municipios donde de 43 ascendió a 53 alcaldías; mientras que el PRI descendió de 18 a 16 diputaciones locales y de 63 a 44 municipios.²⁵

Si el perredismo apatzinguense, y quizá de la región terracalenteña, experimenta un agudo proceso de competencia política debido a la precaria institucionalización de reglas y normas que definen la sucesión interna; por el lado del PRI local y regional tal parece que ocurre lo contrario. Ante la cerrazón de las elites dirigentes, grupos de presión y organizaciones oficiales impugnan un proceso de circulación del poder en manos de los caciques locales, quienes desde 1989

21. *Porqué de Michoacán*, núm. 53, 8 de marzo de 1995.

22. *Porqué de Michoacán*, núm. 27, 31 de agosto de 1994.

23. *Porqué de Michoacán*, núm. 57, 5 de abril de 1995.

24. CEDE con base en IFE.

25. *Porqué de Michoacán*, núm. 89, 22 de noviembre de 1995.

controlan los diferentes espacios de poder, no sin conflictos internos. Tal como se ha reseñado anteriormente, las elecciones para renovar poderes locales en 1989 permitieron colocar a un grupo de poder en el centro de las decisiones del priísmo, de tal manera que en los subsiguientes dos periodos electorales impusieron a gente allegada. Sin embargo, al parecer, en la elección federal de 1994 no pudieron mantener sus mismas prerrogativas. Tal como sucede con la mayoría de los cacicazgos regionales, el control de la política por “hombres fuertes” impide la renovación y profesionalización de cuadros políticos que permitan sucederlos, ante el temor de verse desplazados de su posición de intermediarios. Por ello, la política subterránea, de compromisos y prebendas, brota como parte de negociaciones a fin de impedir su desplazamiento. En este caso, para la elección de 1994 el pequeño grupo que encabezaba el priísmo local se enfrentó con el principio de no reelección que impone la Constitución, situación que impidió nuevamente ocupar cargos públicos, lo cual ocasionó que se seleccionara a una aliada que, además de comadre de uno de los líderes del grupo, representaba una instancia de gobierno. Este acto provocó recelo de los integrantes del grupo como para no apoyarla y, supuestamente, desatar una campaña en su contra.²⁶ Otras versiones apuntan más bien que la designación de la candidata priísta fue producto del respaldo que obtuvo de Fernando Ortiz Arana, ex líder del Congreso de la Unión y ex dirigente nacional del PRI, en virtud de su designación como delegada de la Profeco en el estado de Querétaro; o también, por su amistad con Mariano Palacios Alcocer, entonces líder de la Federación Nacional de Organizaciones y Ciudadanos. Lo cierto es que al resultar electa por el PRI para competir por la diputación federal, otros líderes de grupos y organizaciones impugnaron su registro, a tal grado que el presidente del Comité Directivo Municipal y dirigente local de la Federación Nacional de Organizaciones y Ciudadanos (FENOC) lanzó declaraciones públicas contra ella y el grupo que supuestamente la protegía, aduciendo intentos de desplazarlo del CDM por ese hecho, lo mismo que a otros dirigentes que formaban parte del mismo.²⁷ Al final, el PRI perdió por primera vez la diputación federal del XII distrito electoral de Apatzin-

26. *Porqué de Michoacán*, núm. 22, 27 de julio de 1994.

27. *Porqué de Michoacán*, núm. 34, 19 de octubre de 1994.

gán, aunque para la elección local de 1995 logró retener nuevamente la presidencia municipal y la diputación local, cuyos candidatos fueron el presidente de la Unión Ganadera del Sur de Michoacán que representa 24 asociaciones ganaderas locales y el secretario general de la CTM regional, respectivamente.

DEL NEOCARDENISMO AL BATELISMO

Entre las elecciones locales de 1995 y las federales de 1997 se generaron cambios políticos importantes. En primer lugar resalta una breve tregua de los conflictos faccionales al interior del perredismo estatal, producto de la renuncia de Robles Garnica en febrero de 1996 y su incorporación al gabinete del gobierno priísta y, en segundo lugar, a la presencia de Lázaro Cárdenas Batel en la región terracalienteña la cual imprimió una nueva dinámica a la lucha política.²⁸ En realidad, hasta antes de la postulación de Lázaro Cárdenas Batel para la diputación federal, las corrientes políticas mantuvieron un pleito profundamente exacerbado como consecuencia de las disputas por la preeminencia del perredismo entre Cristóbal Arias y Robles Garnica, acusándose mutuamente de ser los principales orquestadores de las derrotas electorales. Sin embargo, aunque dichas diferencias siguieron marcando el ritmo de las elecciones, con la elección de Cárdenas Batel fueron menguando a tal grado que las identificaciones ideológicas hacia el cristobalismo o garniquismo quedaron oscurecidas por la simpatía hacia un nuevo líder, quien reactualizó una de las tradiciones políticas más importantes de Tierra Caliente: el cardenismo, pero al mismo tiempo fue objeto de críticas por parte de sus oponentes al considerar que su carrera política estaba protegida por su padre.

En segundo lugar, si bien el priísta michoacano había logrado sostener el control político de la mayoría de las presidencias municipales y diputaciones locales de la entidad, en 1997 experimentó un retroceso electoral reflejado en la pérdida de la mayoría de las

28. Luego de las disputas por la renovación de la gubernatura del estado y, posteriormente, por la dirigencia estatal del PRD entre el Frente Estatal Perredista, cuyo representante fue Leonel Godoy, la corriente cristobalista y el garniquismo. Al respecto, véase *Porqué de Michoacán*, 5 de abril de 1995 y 15 de noviembre de 1995.

diputaciones federales (trece para el PRD y tres para el PRI). En el caso de la región terracalienteña, si bien es cierto que los grupos “tradicionales” son al mismo tiempo representantes del sector empresarial, la dinámica política no fue tan distinta de los reajustes estatales ya que a partir de las elecciones locales de 1995, la designación de candidatos a la presidencia municipal y diputación local por Apatzingán fue intermitentemente cuestionada por los propios sectores del partido, a tal grado que para algunos líderes priístas las designaciones tuvieron que ver con el contacto y la amistad política fuera de la región, considerando que no tenían arraigo, o porque habían sido impuestos en función de sus amistades con la clase política estatal. Esta situación se reflejó en la designación del candidato del PRI a la presidencia municipal en 1995, lo cual generó amplias rupturas con grupos políticos de mayor trayectoria en el partido.

En este sentido, las elecciones federales de 1997 culminaron con el triunfo de Lázaro Cárdenas Batel por el XII distrito electoral, quien compitió contra el ex presidente municipal de Apatzingán, una vez que éste pidió licencia para ausentarse del cargo, y que le valió la crítica de los sectores priístas.²⁹ Quizá como pocas jornadas electorales, la de 1997 no fue tan cuestionada por los diferentes partidos,³⁰ a excepción de las presuntas irregularidades que el PRI documentó en los distritos de Morelia sur y La Piedad; el PAN en varias casillas de Jiquilpan y Zamora;³¹ y algunas otras confrontaciones como las que se suscitaron en el municipio de Nueva Italia, donde priístas y perredistas se agredieron mutuamente.³² Al final, los resultados electorales oficiales en el distrito XII quedaron así: PAN, 4 188 votos; PRI, 30 388

29. Semanas después de realizadas las elecciones, el ex candidato del PRI a la diputación federal retornó al cargo de presidente municipal, en medio de una serie de críticas por parte de la clase política local; mientras quien ocupó el interinato, regresó a sus actividades burocráticas, para más tarde, en las elecciones de 2000, competir en la elección interna del PRI por la diputación federal. Al final de las elecciones internas declinó su candidatura.

30. Quizá por el triunfo arrollador de Cuauhtémoc Cárdenas en el Distrito Federal.

31. *La Voz de Michoacán*, 11 de julio de 1997. Cabe señalar que aparte de los recursos de inconformidad, el PRI interpuso “escritos de protesta” ante los consejos distritales del IFE en La Piedad, Puruándiro, Morelia norte, Morelia sur, Zamora, Uruapan y Tacámbaro.

32. *La Voz de Michoacán*, 7 de julio de 1997.

votos; PRD, 51 624 votos; PC, 640 votos; PT, 272 votos; PVEM, 658 votos; PPS, 92 votos; PDM, 418 votos.³³

Ciertamente que el perredismo estatal ascendió a una de las posiciones más privilegiadas en cuanto al arrollador triunfo electoral, sin embargo su vida interna no quedó alejada de los procesos de competencia, causando algunas fracturas internas.³⁴ Semanas después de las elecciones federales se anunció una reestructuración de la Comisión Estatal de Garantías y Vigilancia “para que se aplique justicia partidista pronta, expedita y realmente imparcial a la militancia”,³⁵ según declaraciones del ex líder estatal Desiderio Camacho, quien, además, admitió que los organismos jurisdiccionales del partido tradicionalmente habían sido utilizados por grupos en el poder con fines facciosos y de represión en contra de grupos adversos. Ligado a este proceso, también se había reestructurado el Consejo Estatal en donde 12 integrantes ya habían sido seleccionados previamente, faltando designar seis espacios a la planilla de Alfonso Solórzano, y la integración final de la dirigencia estatal. Este tipo de medidas estaban encauzadas a reducir la presencia del cristobalismo en la dirigencia estatal, sobre todo cuando la selección de miembros del Consejo Estatal recayó en figuras opuestas y críticas a su corriente “Lázaro Cárdenas”, aunque algunos militantes de Apatzingán afines a ella lograron un espacio político importante como representantes de asuntos electorales y agrarios, respectivamente.³⁶ Quizá como pocas declaraciones llegan a hacerse en medio de un proceso electoral tan conflictivo, la de Cristóbal Arias resulta ejemplar al reconocer que su grupo, la corriente Lázaro Cárdenas, perdió la hegemonía dentro del perredismo michoacano y retrocedió en posiciones políticas de

33. IFE, *Información Estadística de las Elecciones Federales de 1997*. Resultados en la entidad federativa de Michoacán, México, s/f.

34. Rob Aitken señala que en realidad el que estaba detrás de Desiderio Camacho, dirigente estatal del partido, era Lázaro Cárdenas Batel, como el “líder efectivo”, en *Localizing Politics. Cardenismo, the Mexican State and Local Politics in Contemporary Michoacán*, Leiden, Universiteit Leiden, 1999.

35. *La Voz de Michoacán*, 13 de julio de 1997.

36. Para una crónica de los pormenores de la influencia del cristobalismo en la elección del candidato para diputado local en 1995, véase revista *Porqué de Michoacán*, 5 de abril de 1995, en donde Eleazar Magaña relata las vicisitudes del proceso de elección interna y las alianzas que se establecieron para desplazarlo de la candidatura y dar el triunfo a Manuel Mendoza.

predominio, a partir de la salida de Antonio Soto, ex líder estatal. Al respecto, Arias señalaba:

A mí me acusaron de entreguista y dialoguista por haber saludado al presidente de la República; lo mismo hace el jefe electo del Distrito Federal [Cuauhtémoc Cárdenas], y eso ahora se justifica como un acto de civilidad política [...] Lo anterior fue aprovechado por Roberto Robles Garnica y Leonel Godoy para emprender una cruzada anticristobalista donde fui acusado de todo [...].³⁷

No obstante, las elecciones locales de 1998 demostraron que más allá de las corrientes ideológicas encabezadas por liderazgos estatales, los grupos de interés siguen vigentes en las disputas por las denominaciones. A pesar de las reestructuraciones del perredismo nacional, los problemas de legalidad e institucionalidad siguen marcando la pauta (aunque en recientes fechas en menor medida) en varias elecciones tanto internas como entre los partidos, lo cual redundó en la proliferación de conflictos internos, así como en una política no muy clara respecto de las normas y reglas de selección de candidatos a puestos de elección popular. Por ejemplo, en el acto de toma de protesta de los contendientes perredistas en las elecciones locales de 1998 (en la que estuvieron presentes Cuauhtémoc Cárdenas, López Obrador, Cristóbal Arias y Desiderio Camacho, entre otros) militantes de los municipios Sixto Verduzco y Zacapu solicitaron, mediante mantas, pancartas y gritos, nuevas elecciones internas aduciendo fraude electoral a favor de la corriente cristobalista. Más tarde, según la fuente periodística, la intervención de López Obrador en dicho acto público no sólo pretendió plantear un diferendo en la Comisión Estatal de Garantías y Vigilancia para resolver estos problemas, sino también llamó a dejar a un lado la politiquería o la política ratonera seguida por pequeños grupos, en alusión al cristobalismo.³⁸

En el municipio y distrito electoral de Apatzingán, el proceso de elección estuvo plagado de inconformidades y mutuas descalifi-

37. *La Voz de Michoacán*, 22 de julio de 1997. En medio de dicha declaración, recordemos que había dos procesos electorales; uno para renovar la dirigencia estatal (y municipal) del PRD en la que Lázaro Cárdenas Batel se consideró una pieza clave para unificar al perredismo; y el otro, la elección federal.

38. *Porqué de Michoacán*, núm. 225, 16 de septiembre de 1998.

caciones entre los mismos correligionarios. La candidatura a la presidencia municipal recayó nuevamente en un viejo militante, mientras que la diputación local recayó en un líder con escasa trayectoria, los cuales respectivamente compitieron en la elección interna contra grupos de otras corrientes políticas. En la elección para diputado local hubo tres candidatos, resultando electo el mismo personaje al que se le atribuyó escasa militancia, pues desde 1993 inició su participación activa y posteriormente logró ser designado Secretario de Organización del CEM del PRD en Apatzingán, como antesala a la candidatura por la diputación local.³⁹ Por su parte, en el priísmo sucedió algo similar con la candidatura a la presidencia municipal ya que luego de varios conflictos entre los grupos políticos locales resultó electo un candidato con poca trayectoria política, pero que en poco tiempo logró escalar puestos importantes al interior del PRI, como la presidencia del Comité Municipal. En un orden semejante se desarrolló la elección para candidato a la diputación local. En resumen, para la elección local de 1998 el PRI logró un triunfo arrollador ya que se adjudicó 74 de 113 presidencias municipales y 18 diputaciones locales. En el caso de Apatzingán, la presidencia municipal quedó en manos de un priísta, anterior presidente del CDM. Los resultados registrados indicaban, para el PAN, 5 229 votos; para el PRI, 12 173 votos; el PRD, 11 682 votos; PT y PVEM, 201 y 65 votos respectivamente.⁴⁰ Por la diputación local del IX distrito: PAN, 4 684 votos; PRI, 23 401 votos; PRD, 17 082 votos; PT y PVEM, 344 y 80 votos.⁴¹ No está por demás señalar que la elección local se desarrolló en medio de una serie de descalificaciones por supuestos apoyos económicos y materiales por parte del gobierno estatal, que le valieron al final que el PRD intentara promover un juicio político contra el gobernador por supuesto desvío de recursos,⁴² y que tanto este partido y, en menor medida, el PAN apoyaran directa o indirectamente algunas tomas de

39. *Porqué de Michoacán*, núm. 230, 21 de octubre de 1998.

40. Fuente: CEDE con base en cifras del IFE. El IEM señala las cifras de 5 237 para el PAN, 11 440 para el PRI y 11 868 para el PRD. De cualquier manera, la presidencia quedó en manos del PRI.

41. *Ibid.*

42. Sobre la intención de promover un juicio político contra el gobernador, véase revista *Porqué de Michoacán*, núm. 236, 2 de diciembre de 1998 y semanario *Proceso*, núm. 1154, 13 de diciembre de 1998.

alcaldías, entre las cuales, Huetamo, Nahuatzen y Zacapu resultaron ejemplares en la resistencia civil por parte de algunos grupos sociales.

Ahora bien, antes de continuar con una descripción de la jornada electoral local de 2001 en Michoacán es conveniente centrarse en la experiencia del proceso electoral federal de 2000, en que se renovó el Congreso de la Unión y la Cámara de Senadores, pues si bien los resultados de la primera fueron ampliamente benéficos para el perredismo estatal y terracalienteño, estos no se explican sin referencia al anterior proceso. Con temor a equivocarse, una de las características del proceso electoral federal de 2000 fue el lanzamiento de la candidatura de Lázaro Cárdenas Batel al Senado, situación que repercutió ampliamente en un realineamiento político de grupos de poder local y regional, así como de organizaciones sociales y simpatizantes del neocardenismo michoacano. En la región terracalienteña, por ejemplo, la candidatura recayó en un perredista originario del municipio de Tancítaro, luego de que varios grupos perredistas de la región y en particular de Apatzingán compitieron internamente, no resultando ser electos sus candidatos. Quienes se pueden ubicar como los principales representantes de grupos son los mismos líderes que desde la fundación del PRD han competido y, en varias ocasiones, ganado la candidatura oficial. Como hemos señalado anteriormente, uno de los procesos más característicos de la región en cuanto a la alternancia se refiere es que las diputaciones federales han sido obtenidas por el PRD, excepto la de 1991 que logró el PRI, mientras que en contraste las elecciones locales tomando a Apatzingán como municipio y sede del distrito electoral local han sido mantenidas por el PRI hasta recientemente. Así, los resultados obtenidos en la elección de 2000 fue el triunfo del PRD nuevamente, con un margen de votos de: 10 600 para la alianza del PAN-PVEM; 38 263 para el PRI; 59 191 para la Alianza por México (PRD y otros).⁴³

Ciertamente que el triunfo no sólo se entiende por la convocatoria que Lázaro Cárdenas Batel hiciera como candidato a la senaduría, sino también ante una revitalización del perredismo terracalienteño en torno del candidato a diputado federal, cuya campaña estuvo ampliamente auspiciada e incluso apoyada por y en los mismos

43. Fuente: IFE.

actos que Batel realizara por toda la región, lo que significó el apaciguamiento de intereses contrarios de algunos perredistas por no resultar electos sus representantes; caso que contrasta con anteriores elecciones donde los candidatos mantenían similar capital político. Pero también, y de manera importante, fue un triunfo en cuyo margen se reflejaron algunos de los conflictos del priísmo terracalienteño, pues la candidatura a la diputación federal fue objeto de una pugna política entre los grupos de poder regional, los cuales en muchos sentidos reflejaron alianzas y compromisos con miembros del gobierno estatal. Por ejemplo, antes de la selección del candidato se libró una batalla aguda entre dos grupos de poder, cada cual tenía su propio candidato, quienes cuestionaban a la dirección priísta de la región por inclinar la balanza hacia un lado u otro. Al final uno de ellos declinó a favor del otro cuando entró en escena un delegado político del Comité Estatal priísta. Después de las elecciones, y tras los resultados, cobraron facturas al crear una oficina alterna al CDM con el fin de destituir la presidenta del PRI por considerar que la derrota era atribuible a su ejercicio político, luego de realizar acciones como la toma de la sede municipal del partido y el bloqueo de calles. Posteriormente, en una acción inédita, todos los partidos protestaron en las calles por el cambio de sede de la Expo-feria tras la celebración de las fiestas de octubre por la promulgación de la Constitución, y en la que priístas objeto de juicio por sus correligionarios ante las elecciones, resultaron ser los más activos en la promoción de la manifestación.

En cuanto a la dinámica electoral por la senaduría, hemos señalado que la postulación de Lázaro Cárdenas Batel como candidato significó un gran aliento para el perredismo michoacano, ya que no sólo reactualizó una de las tradiciones políticas más importantes en cuanto a identificación ideológica, sino también porque logró construir una serie de acuerdos temporales en torno de su figura. No era para menos pues siendo nieto del general Cárdenas e hijo de Cuauhtémoc era natural que su capital político se encerrara en su propia herencia, luego de su corta y meteórica carrera política. Sin embargo, hay que reconocer que esto no sólo responde a ello sino más bien al lugar que ocupa en medio de la tradición priísta-perredista, y perredista. Es decir, gran parte de la información que he obtenido por medio de entrevistas y periódicos, refiere que su liderazgo político

ha logrado situarse por encima de las descalificaciones debido a que pertenece a una tradición “pura” del perredismo, la cual pareciera no estar contaminada por el juego de espejos PRI-PRD, ni tampoco por las corrientes más identificadas con la izquierda, por lo que su lanzamiento en la escena política representó un alto a las críticas provenientes de los partidos opuestos. Sean o no verdad estas impresiones, lo cierto es que cuando compite por primera vez para la diputación federal por el distrito de Apatzingán en 1997, logró un porcentaje de votación superior al que los votantes le otorgaron a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato a la presidencia de la República en 1994, y es posible que esto sea debido a lo anteriormente dicho pero también porque logró sintetizar en torno de su liderazgo dos aspectos culturales importantes de la tradición cardenista: su particular interés por hacer de las giras proselitistas rituales de solidaridad mediante sus singulares recorridos a lugares inhóspitos, conversaciones cuasi familiares, etc., que su abuelo frecuentaba realizar durante sus andanzas por Tierra Caliente; de igual forma, porque simbólicamente puso en juego una de las tradiciones culturales más arraigadas cuando de la región se habla: la tensión entre una cultura ranchera frente a una cultura empresarial o ciudadana, la cual en más de una ocasión se expresó por medio de actos simbólicos como entrar a la plaza de la Constitución de Apatzingán a caballo, en plena jornada electoral.⁴⁴ Es posible que este tipo de micro dramas alentarán la imagen de un candidato “comprometido”, y sobre todo filtrara la idea de representar un proyecto de nacionalismo popular, imaginado en el margen de un Estado “corrompido”. En conjunto, este tipo de factores posiblemente se vieron reflejados en el comportamiento electoral del año 2000, cuyos resultados en términos de votación estatal fueron: 362 414 (24.95%) votos para la coalición panista; 444 552 (30.60%) para el PRI y; 575 457 (39.61%) para la alianza perredista; mientras que por el distrito electoral de Apatzingán el índice de votación para senadores fue de: 9 845 (8.72%) para el PAN; 36 757 (32.54%) para el PRI; y 62 290 (39.15%) para el PRD.⁴⁵

44. Lo mismo haría en la campaña para la gubernatura, en donde le acompañaron su padre, hermanos y miembros allegados a ellos, todos perredistas.

45. Fuente: IFE. La suma de estos porcentajes es independiente de los votos no registrados y anulados; por ello da un porcentaje menor a 100%.

De esta forma, para las elecciones locales de 2001, uno de los elementos significativos en torno de la campaña de Lázaro Cárdenas Batel como candidato a gobernador fue el hecho de que el candidato no resultó cuestionado por sus mismos correligionarios, quienes aceptaron los resultados internos sin ninguna reserva. Por su parte, desde las filas priístas si bien hubo descalificaciones en torno de su candidatura, estas no tuvieron un eco esperado como se había proyectado por la opinión pública; antes bien, fueron actos revertidos al propio priísmo en virtud de que su candidato no gozaba de arraigo michoacano, fue una designación supuestamente impuesta por el gobierno estatal pues previamente fungía como secretario de gobierno, y porque representaba intereses ligados al sector empresarial. Sobre el PAN, si bien este partido tuvo un crecimiento electoral importante hasta antes de las elecciones de 2001, al parecer dos factores influyeron en su declive en esta jornada electoral: el desgaste del gobierno de Fox en la presidencia de la República producto de las expectativas económicas y políticas no cumplidas, lo que redundó en un cierto desencanto en la población de su oferta partidista, principalmente sobre sus posturas en torno del crecimiento económico, reducción de la inflación, pero también por aquellas propuestas de campaña que ya en el gobierno ingresó por la puerta trasera: Ley de Desarrollo Rural, aumento de impuestos, privatización de sectores estratégicos, etc. Al final, la selección del candidato a la gubernatura no sólo corrió la misma suerte sino que fue motivo de cuestionamientos por su propuesta partidista de privilegiar al sector empresarial como el principal generador de empleo.

Por lo mismo, la candidatura de Cárdenas Batel como gobernador en la elección de noviembre de 2001 llegó al final de la jornada electoral con un capital político que difícilmente pudo ser rebasado por sus contendientes priísta y panista. Más aún, porque tras su elección como diputado federal en 1997 y senador en el 2000, no dejó de realizar actos públicos, informes y visitas a varias regiones de la entidad, en particular a la zona terracalienteña; lo cual convirtió su candidatura y campaña a la gubernatura en una suerte de extensión de su trabajo legislativo. Es de notar que antes y durante su campaña logró articular una serie de acuerdos y alianzas políticas que no solamente se limitaron a su partido, sino hacia otros sectores y agrupaciones

de filiación panista o priísta, como la articulación de un discurso y propuestas políticas que permitieron construir una oferta ideológica congruente con las preferencias de amplios grupos sociales, e incluso de asociaciones como empresarios, miembros del clero y burocracia.

A diferencia de esta situación, en el priísmo estatal se experimentó un profundo desgaste político durante y después del proceso electoral. En primer lugar, porque la selección del candidato tuvo como antecedente la renuncia de uno de los contendientes internos con gran convocatoria de movilización, quien más tarde buscó en el PAN un lugar para lanzar su candidatura y, al no obtenerla, desatarse una desbandada de seguidores hacia el PRD y la coalición. En segundo lugar, porque ya en plena campaña se generaron varios conflictos como el que la selección de candidatos a las diputaciones plurinominales, que fue decidida supuestamente desde las oficinas de gobierno, además de que se adujo que el gobernador promovió a sus allegados en puestos claves de la campaña del candidato priísta, lo cual abrió una gama de críticas, diferencias y pugnas entre los grupos de poder identificados con el candidato y el personal de gobierno. Casi en toda la campaña no dejaron de evidenciarse tales diferencias, dando lugar a deserciones y las correspondientes adhesiones de varios grupos de poder, organizaciones sociales y un amplio número de dirigentes, líderes y ex funcionarios, ex diputados, ex ediles y militantes priístas, a la campaña de Lázaro Cárdenas Batel. Al final, es posible que los conflictos interpriístas o entre PRI-gobierno hayan adquirido en la colaboración de un ex gobernador del estado en la campaña de Batel —lo mismo que varios líderes políticos como un precandidato priísta a la gubernatura—, el significado de tales diferencias.

Pero quizá el lado más significativo de la elección local de 2001 sea el hecho de que gran parte de los sectores de la población michoacana encontraran en la oferta perredista, particularmente en la figura de Cárdenas Batel, una especie de reinención de la figura de su abuelo, Cárdenas del Río. Por ejemplo, resulta sintomático cómo algunos pobladores de la región terracalenteña interpretaron el ascenso de Cárdenas Batel en virtud de una herencia paterna, vía su abuelo, antes que de su propio padre, además consideran que éste tiene más de su madre que de su padre, Cárdenas del Río. En parte este hecho se interpreta en función de que Cuauhtémoc Cárdenas ha

actuado de forma “débil” o “flexible” frente al reclamo de sus triunfos en las elecciones presidenciales, cuestión que de ninguna forma el General hubiera aceptado, considerando que él “era una persona firme en sus principios y convicciones”. De cualquier manera, las cualidades atribuidas al liderazgo de Cárdenas Batel han vuelto a actualizar el tema del cardenismo, en condiciones donde los polos ideológicos de conflicto entre PRI y PRD ya no determinan su legitimidad renovada. Por ejemplo, en el caso de Tierra Caliente, la jornada electoral fue impregnada de varios discursos sobre la “reinención” del cardenismo en la figura de Batel, en medio de algunos conflictos intrapartidistas. Sobresale el caso del perredismo, donde el candidato a la presidencia municipal fue electo vía una encuesta entre los afiliados, lo cual generó nuevamente una serie de diferencias entre los grupos que lo componen, como por ejemplo de dos viejos militantes que desde 1988 se disputan la preeminencia del perredismo local, al final, con la elección de Cárdenas Batel como candidato a gobernador, fueron incorporándose a la campaña. Otros grupos o corrientes como los de la izquierda asociada al Partido Comunista o PST adujeron que en virtud de la selección del candidato perredista habría un voto diferenciado de los simpatizantes de este partido puesto que no representaba a la mayoría de la población y, sobre todo, porque en la elección interna no se tomó en consideración su trayectoria de “prísta-perredista”. Situación similar se presentó en la elección de la candidatura a la diputación local, pues la candidata seleccionada fue objeto de varios comentarios críticos al considerar algunos líderes locales de Apatzingán que no tenía la trayectoria necesaria como para ser postulada. Se le ligó al liderazgo que ejerció el presidente estatal del PRD en la región mediante cuadros de profesionistas y maestros, de los cuales la candidata triunfadora es parte, así como el que antes de su denominación ocupara la presidencia del CDM. Por parte del PRI, hubo varios hechos que distinguieron la selección de sus candidatos. En primer lugar, las viejas pugnas por la denominación hicieron que los grupos integrantes del partido se escindieran, de manera que la selección de los candidatos arrastraron las pugnas hasta el grado de intervenir un representante del PRI estatal en el proceso interno. Al final, parecieron establecerse algunos equilibrios con el nombramiento de candidatos a diputaciones plurinominales,

como una manera de resolver las diferencias. En segundo lugar, mientras que algunos líderes de grupos políticos locales, como el que surgió desde 1988, trabajaron para seguir reteniendo los cargos de representación local, otros se ligaron a la campaña de Anaya, como aquel personaje identificado como el Azabache: empresario que tuvo una participación activa durante las elecciones de 1988 y 1989. Resta decir que quienes se identificaron como “cardenistas pero no perredistas”, al final, se aliaron a la campaña de Cárdenas Batel. La elección local de 2001 en la Tierra Caliente tuvo estos resultados:

Elección local en Tierra Caliente, 2001

Partidos Elección	PAN	PRI	CUPM	Total (incluye votos nulos y no reg.)
Votación estatal para gobernador	247 961	492 775	561 170	1 301 906
Votación distrital para gobernador (Apatzingán)	4 538	11 744	24 230	41 713
Votación municipal para gobernador (Apatzingán)	3 614	9 180	20 016	33 995
Votación distrital para diputados (Apatzingán)	7 585	10 639	21 021	33 770
Votación para presidente municipal (Apatzingán)	5 496	9 047	18 477	34 035

Fuente: Cifras con base en el IEM. Las cifras para gobernador corresponden a *La Jornada* (20 de noviembre de 2001), y no incorporan el índice de votación de otros partidos ni votos nulos y no registrados. Todas las demás cifras son resultados del PREP al 12 de noviembre de 2001.

LOS CLAROSCUROS DE LA ALTERNANCIA POLÍTICA

Sin pretender agotar el tema de la elección local de 2001, sin duda el triunfo de Lázaro Cárdenas Batel se genera en medio de una cascada de procesos como la derrota del PRI en la elección presidencial de 2000 con sus desenlaces dramáticos en la lucha por el control de la dirección nacional, y ante un creciente desprestigio de las expectativas de cambio que el PAN inauguró con el ascenso de Fox a la presidencia de la República. Por ello, el gobierno de Batel, tal como algunos analistas han expuesto, tendrá el momento oportuno para resarcir las expectativas políticas de una población desencantada de la marea azul como de la oferta del prisma, cuyo “retorno” a la ideología que le dio sentido por muchos años se haya difuminada por sus compromisos neoliberales. Pero sin duda, también tendrá como pieza central de los nuevos tiempos un Congreso dividido por el que se va a determinar gran parte de su capacidad para ejercer una gobernabilidad, tal como se refleja en el siguiente cuadro:

Resultados de la elección local, 2001

Cargos Públicos	Partidos	PAN	PRI	CUPM	Total
Gobernador				1	1
Diputados		5 1 por mayoría, 4 plurinominales	17 10 por mayoría, 7 plurinominales	18 13 por mayoría, 6 plurinominales (1 del PT, 5 del PRD)	40 24 de mayoría 16 plurinominales
Presidencia municipal		9	39	65	113

Fuente: *La Jornada* (20 de noviembre de 2001) con base en IEM. Las cifras son preliminares ya que se siguen curso una serie de impugnaciones en algunas presidencias municipales y de asignación de diputaciones plurinominales.

Al final, después de una larga y conflictiva disputa por los cargos de elección popular, el PRD pudo obtener la gubernatura del

estado de Michoacán, así como en la Tierra Caliente conquistar la mayoría de los municipios y el distrito electoral local con sede en Apatzingán. Trece largos años pasaron para que pudieran desplazar a los priístas, periodo en el cual se desarrollaron los más violentos y álgidos conflictos pre y poselectorales. Seguramente que la tan anhelada alternancia política ha despertado euforia entre los simpatizantes del partido triunfador, como en aquellos distritos electorales y municipios donde el PRD no ha perdido nunca la alcaldía, o su regreso a gobernar en municipios donde la alternancia ya ha sido vivida. De cualquier forma, la región de la Tierra Caliente de Michoacán sigue experimentando un contrastante proceso político en vista del voto diferenciado que se dio en estas elecciones (p. ej., en Mújica el PRI obtuvo la alcaldía y la diputación local, lo mismo que en el municipio de Tepalcatepec y Coalcomán, situación que contrasta con los municipios de Parácuaro, Aguililla y Apatzingán), lo cual permite inferir que el proceso de alternancia política ha sido vivido de manera diferencial por los actores sociales terracalenteños, implicando respuestas divergentes en un espacio considerado “cardenista”. Estas respuestas diferenciales en una región aparentemente uniforme colocan sobre la plataforma de los análisis del cambio político una serie de aspectos fundamentales. En primer lugar, es necesario demarcar los límites y posibilidades del proceso de alternancia política en un contexto de pugnas ancladas a fenómenos de diferenciación social y económica, puesto que las demandas de democratización social no dependen ni de la capacidad voluntarista de actores y partidos políticos, ni de fórmulas de equilibrio político representado en situaciones de alternancia partidista. En segundo lugar, aún cuando podemos reconocer que procesos de competencia política, jornadas electorales justas con marcos normativos cada vez más claros, representan un aspecto sobresaliente en relación con situaciones pasadas; casos como el de Tierra Caliente confirman que la dinámica de competencia entre los partidos, sus formas de reclutamiento, promoción y relevo político, sigue dependiendo de redes sociales, de protagonismos y oportunismos políticos, en los que actores y grupos de poder reacomodan nuevos ambientes a sus propios intereses y alianzas. Es este terreno hacen falta estudios comparativos sobre formas de reclutamiento partidista en el ámbito estatal y regional, sobre procesos de selección y profe-

sionalización de liderazgos en relación con las agendas políticas que los partidos cargan sobre las manos, como una manera de evaluar hasta qué punto la transición política vía la alternancia partidista está modificando aspectos de la cultura política regional o local.

BIBLIOGRAFÍA

- AITKEN, Rob (1994), "Movimientos sociales y la emergencia del neocardenismo en ciudad Lázaro Cárdenas, Michoacán", en Víctor Gabriel Muro (coord.), *Estudios michoacanos v*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán.
- (1999), *Localizing Politics: Cardenismo, the Mexican State and Local Politics in Contemporary Michoacán*, Leiden, Leiden University.
- CALDERÓN M., Marco Antonio (1994), *Violencia política y elecciones municipales en Guerrero y Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora.
- GLEDHILL, John (1990), "El campo y los nuevos movimientos sociales", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 45, Zamora, El Colegio de Michoacán, otoño.
- GUILLÉN, Tonatiuh (1994), "Gobiernos municipales, actores sociales y cambio político. Una perspectiva desde la frontera norte de México", en Mauricio Merino (coord.), *En busca de la democracia municipal. La participación ciudadana en el gobierno local mexicano*, México, El Colegio de México.
- HERNÁNDEZ N., Juan Ernesto (1995), "La liberalización política mexicana: legislación y procesos electorales en los estados de Baja California, Michoacán y Sinaloa (1977-1992)", tesis de doctorado, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- MASTRETA, Sergio (1990), "Tierra Caliente: La cuenca cardenista", *Nexos*, núm. 154, octubre, pp. 47-64.

- PÉREZ PRADO, Luz Nereida (1996), "Sueños globales, oportunidades locales: conmoción de identidades de género en la Tierra Caliente de Michoacán, México", en Daniel Mato, Maritza Montero y Emanuele Amodio (coords.), *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*, Caracas, UCV/ALAS/UNESCO.
- (2001), "Gente, agua, cultivos y desarrollo desigual en el valle del Tepalcatepec: imágenes, recuerdos y la 'memoria históricamente instruida'", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 87, vol. XXII, Zamora, El Colegio de Michoacán, verano.
- PRUD'HOMME, Jean François (1996), "El PRD: su vida interna y sus elecciones estratégicas", *Documento de Trabajo*, núm. 39, México, CIDE.
- RAMÍREZ HEREDIA Rafael (1997), *Lázaro Cárdenas en la Tierra Caliente: historia oral-reportaje*, México, IPN.
- ZEPEDA PATTERSON, Jorge (1988), *Michoacán: sociedad, economía y cultura*, UNAM-CIIH (Bibliotecas de las Entidades Federativas).
- (1987), "Cardenismos de ayer y hoy", *Nexos*, núm. 117, septiembre.